

# 47 trocitos

CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE

Ilustraciones de Guridi







**47 trocitos**



Cristina Sánchez-Andrade

**47**  
**trocitos**

Ilustraciones: Raúl Nieto Guridi



**edebé**

© Cristina Sánchez-Andrade, 2015  
© *Ilustraciones*: Raúl Nieto Guridi, 2015

© Ed. Cast.: edebé, 2015  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de la colección*: Reina Duarte  
*Editora de literatura infantil*: Elena Valencia  
*Diseño gráfico de las cubiertas*: César Farrés

1.ª edición, febrero 2015

ISBN 978-84-683-1597-3  
Depósito Legal: B. 25297-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

«—¿Podrías decirme, por favor, qué camino he de tomar?

—Eso depende básicamente de adónde quieras ir —contestó el Gato».

*Alicia en el País de las Maravillas*  
Lewis Carroll

# Índice

1. Cuéntamelo otra vez.....	9
2. ... de Quita y Pon.....	25
3. Pussy .....	35
4. Un sapo en la barriga .....	49
5. Un bicho feo y oscuro .....	69
6. Cinco «niños cuervo» .....	93
7. Los trocitos son diminutos y misteriosos.....	101
8. Un policía llama a la puerta.....	107
9. Manuelita se escapa.....	121
10. No se cumplen diez años todos los días.....	139

# 1

## **Cuéntamelo otra vez...**

**L**a cocina estaba llena de sol y olía a peras maduras y a tortilla de patata. La niña estaba subida sobre una banqueta. Cascaba huevos. Ayudaba a su madre a hacer un pastel.

Un pastel de nueces y chocolate.

Dijo:

—Cuéntame lo que pasó aquella vez que Manuelita de Quita y Pon se escapó de casa y yo la salvé de las garras de los «niños cuervo».

—Pero si te lo he contado mil veces...  
—dijo la madre.



—Ya, pero cuéntamelo otra vez.

—Vale, ¿quieres oír toda la historia o solo el trozo de cuando Manuelita desapareció y tú la salvaste?

—Toda la historia —contestó la niña.

—Bueno, pues ahí va. Pasó lo siguiente: Había una vez una niña rubia, bajita y bastante granujilla que se llamaba Manuelita de Quita y Pon. Tenía los ojos rasgados y las orejas pequeñas como cerezas. Hablaba en una lengua de pocas palabras, eso sí, muy tiernas, y le gustaban los macarrones y las albóndigas. Pues resulta que un día, estando en casa...

—¡No, pero cuéntame desde el principio, desde que yo no existía y ella nació y cabía en la cáscara de una nuez, y os llevasteis un susto y un poco de pena porque era distinta...!







—Desde el principio... Pero entonces no me interrumpas más. Y empieza ya a batir los huevos que se nos hace tarde. Pues cuando los papás de Manuelita la vieron por primera vez, la encontraron preciosa: sonrosada, arrugadita como un garbanzo y diminuta (cabía en la cáscara de una nuez). Tenía una nariz como una patata, y a modo de saludo, les hizo un aleteo de pestañas.

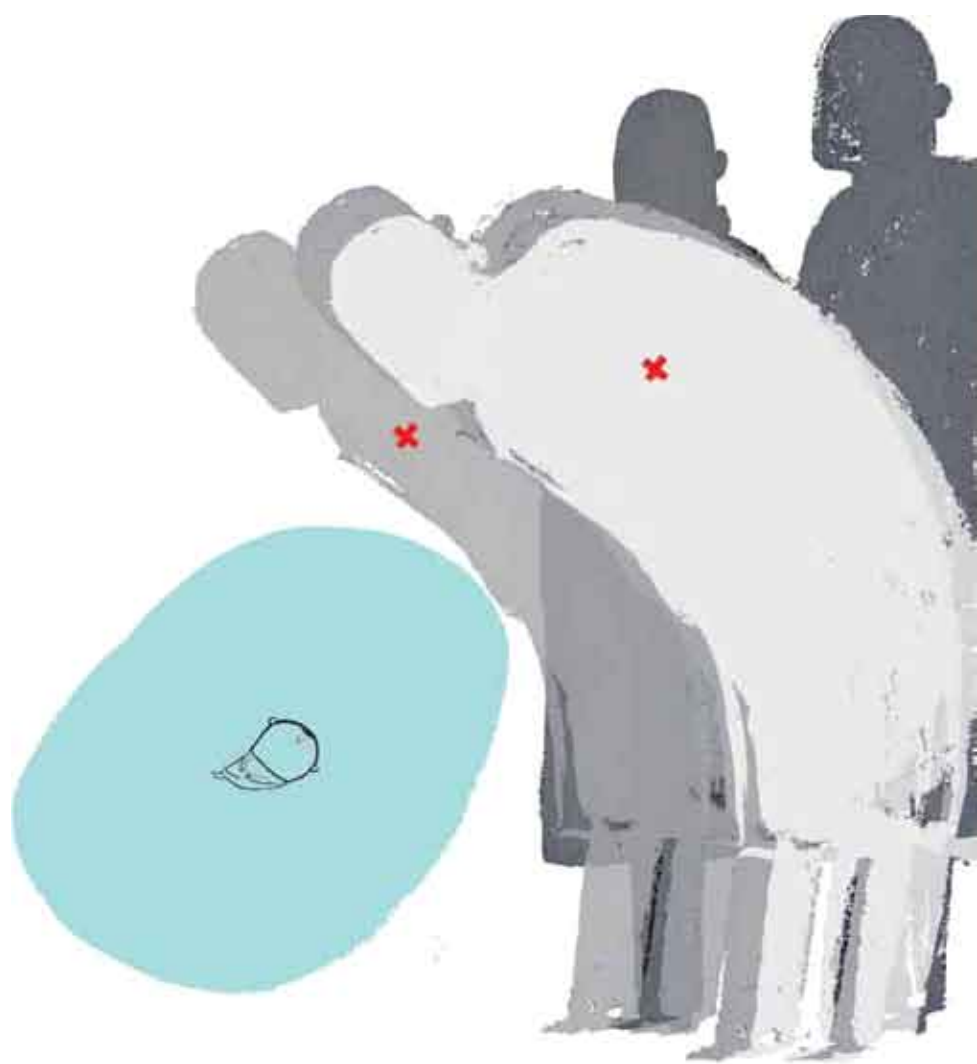
Pero luego vinieron los médicos, tres en fila india, y les dieron un pequeño susto.

El primero les dijo que había examinado a Manuelita, por dentro y también por fuera, y que era distinta.

—¿Distinta? —preguntaron los papás muy asustados.

—Distinta —repitió él.







Y el segundo médico, muy solemne, explicó:

—Todos tenemos en nuestras células 46 trocitos que se llaman cromosomas y Manuelita tiene 47.

Y el tercero, moviendo el índice a un lado y al otro, añadió:

—*Tic, tac*. Una pieza de más. Algo así como un reloj con una pieza de más.

Así que, en la cáscara de una nuez, envueltos entre sábanas, los papás se llevaron a casa tres bultitos: el de Manuelita, el del Susto y el de la Pena.

Aquella noche, la mamá lloró al bañar a la niña. Lloró al secarla y ponerle crema, al rascarle la barriguita y al murmurar aquella canción que encontró en el fondo de su cabeza:

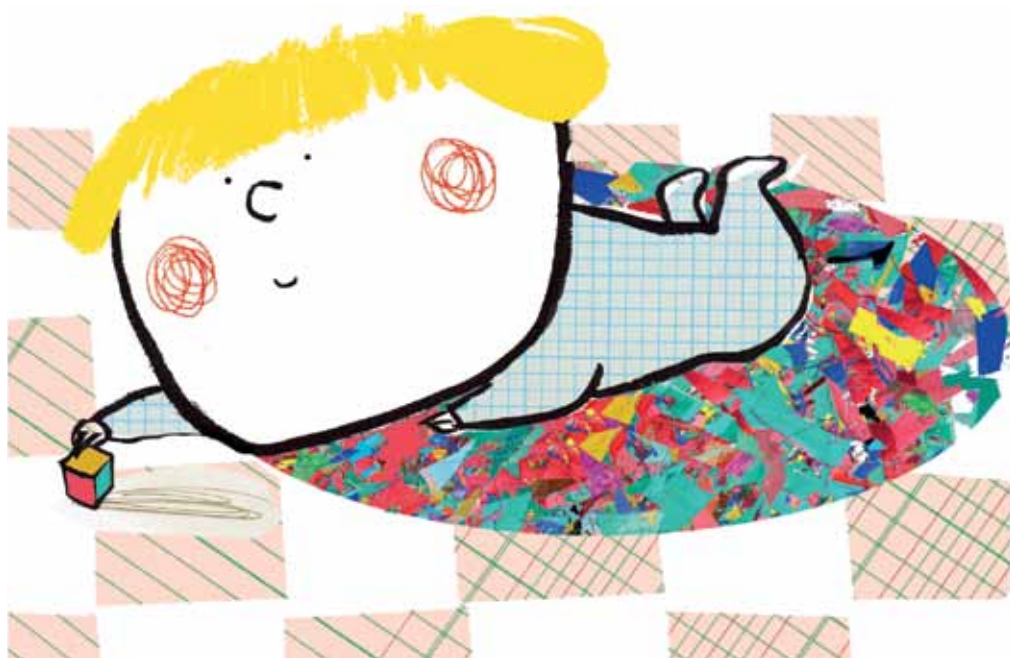




*Ráscame la pancina  
dina, dina,  
ráscame la pancina*

y que no sabía que tenía:

*dina, dina,  
no me la rasques más.*





Manuelita fue creciendo. La Pena iba y venía, ensortijándose entre las lámparas y los percheros como un humo cada vez más tenue y blanquecino. A veces, sobre todo al atardecer, molestaba un poco (era como un picor amargo en la garganta), pero con el tiempo se fue disipando: al fin y al cabo, Manuelita sonreía, comía bien y no era tan distinta al resto de los niños.

El que seguía como Pedro por su casa era el Susto (ahora convertido en Preocupación), sobre todo porque Manuelita tenía casi dos años y aún no había aprendido a caminar.

—Mami, ¡espera! Ser distinto, ¿es bueno o es malo?

La madre se paró a pensar unos minutos.





—Pues... yo te diría que ni una cosa ni la otra —dijo echando la harina a la masa.

Y continuó con la historia: Bueno, pues fue pasando el tiempo. Ahora Manuelita era una niña *zascandil* y silenciosa. Se ponía muy contenta al ver a la gente, sobre todo a la gente que tenía tiempo para jugar con ella. Pero por mucho que lo intentaba, había cosas que era incapaz de hacer. Por ejemplo, no podía caminar. No tenía fuerza en las piernas y le daba miedo caerse.

Los papás la volvieron a llevar a los médicos que, después de examinarla por dentro y también por fuera, dijeron:

—Es que tiene una pieza de más.

—Atrasa. *Tic*.

—Igualita que un reloj.

Así que los papás pasaban las horas



largas, largas (las horas son mucho más largas si uno está preocupado), meditando sobre si...

—¿Es lo mismo que ser raro? —volvió a interrumpir la niña.

—¿El qué?

—Ser distinto.

La madre revolvía la masa en silencio. Esa niña suya la hacía pensar mucho.

—A la gente distinta —dijo—, como al abuelito, por ejemplo, los demás les llaman raros.

—¿Y es lo mismo?

—Me parece que no..., ¡pero ya no me interrumpas más! Bueno, pues te decía que los papás no paraban de meditar sobre si su hija sería como el resto de los niños y algún día echaría a caminar o no. Les parecía que Manuelita tenía las



piernas demasiado débiles y que jamás lo haría. Por eso siempre la llevaban en brazos, o en un carrito.

Entonces sucedió que un día fueron a casa del abuelito. El abuelito era un tipo estafalario que olía a café con leche y vivía en una pequeña casa lejana, situada en lo alto de un cerro, con un huerto abandonado e invadido por las hierbas y el olvido.

Vestía un pantalón amplio de color chocolate y una chaqueta de pijama con rayas negras que le hacían parecerse a una cebra, lo cual está muy bien siempre y cuando a uno le gusten los abuelitos con aspecto de cebra. Llevaba colgado de un gancho del cinturón una taza; al otro lado, un despertador que sonaba cada veinte minutos.





Se entretuvieron comentando con él muchas cosas sobre la Pena y el Susto (ahora convertido en Preocupación), y él los escuchaba atentamente, cogiéndose la barbilla y musitando a cada rato: «Hummm, hummm...», porque, sin duda, el abuelito era tan sabio como raro.

Dijo el abuelito después de mucho meditar:

—Los niños necesitan ser amados, pero también un poquitín desatendidos.

De pronto, sonó el despertador.

—¡Atención! —dijo—. ¡Es la hora del café!

Desató la taza que llevaba colgando del cinturón y, mientras les servía café, les dijo que no se preocuparan tanto por Manuelita, que ya verían cómo se echa-



ría a caminar ella sola. Poco a poco fue transcurriendo la tarde (con cafés cada veinte minutos), el cielo se fue cuajando de nubarrones negros y los papás tuvieron que marcharse.

Antes de salir, el abuelo miró al cielo y fue a buscar un paraguas que tenía en casa. Era un paraguas negro, imponente, de catorce varillas y mango de madera labrada. Se lo había regalado su





mujer hacía muchos años, cuando eran novios.

—Llévalo por si llueve. Yo no lo necesito —dijo.

Los papás aceptaron el paraguas. Y según descendían por el cerro, empezaron a caer las primeras gotas. La mamá colocó a Manuelita en el suelo como si fuera una gallinita, y se dispuso a abrir el paraguas, pero no fue capaz. Lo intentó entonces el papá, que tampoco lo logró. Manuelita, sentada en el suelo, miraba asustada. Verdaderamente, aquel paraguas era imponente: negro como un cuervo negro.

—¡Ábrete, condenado! —dijo la mamá.

Pero el paraguas no se abría.

El abuelito, que había estado observando desde la puerta de su casa, bajó corriendo para echarles una mano.





—Paraguas polvoriento... —musitó al asirlo.

Y, mientras intentaba abrirlo, siguió profiriendo juramentos: «Insecto sin antenas, cuervo escacharrado... ¡Ábrete!».

Entonces se oyó una vocecita. Parecía un hombrecillo acatarrado:

—No me abro, caramba.

El papá, que creía no haber oído bien, se rascó la nuca. Repitió:

—¡Que te abras, ha dicho mi suegro!

—No —contestó el paraguas—, no me da la gana. ¡Mójate tú y tu suegro también! Yo estoy constipado.

El paraguas siguió quejándose hasta que el abuelito consiguió abrirlo. Fue hacer *clic*, y quedó en silencio. Habían estado tan ocupados en luchar contra aquel condenado paraguas que, cuando la mamá



fue a por Manuelita, se dio cuenta de que ya no estaba en donde la había dejado sino que había dado unos pasitos.

Al cabo de unas semanas, justo cuando Manuelita cumplió dos años y tres meses, empezó a caminar. Nadie volvió a acordarse de aquel paraguas de catorce varillas hasta bastante después...